

4. Caminar en la esperanza de la promesa

La fe cree en la promesa de Dios, y desde la fe en la promesa, la esperanza camina, o mejor dicho: nos hace caminar. La promesa de Dios no es sólo una palabra, no es sólo una especie de contrato de seguro: es una Persona, es una Persona resucitada y gloriosa, una Persona que ha vivido con nosotros, que nos ha hablado y ha realizado signos de salvación, y que sobre todo ha sufrido por nosotros hasta la muerte, ha resucitado, ha subido al Cielo, y misteriosa pero verdaderamente permanece con nosotros, en el misterio de la Iglesia, todos los días, hasta el fin del mundo. Precisamente con esta promesa nos dejó Jesús para reunirse con el Padre: “Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos” (Mt 28,20).

Cristo nos dejó la promesa no sólo de volver al final de los tiempos, sino de permanecer presente, de permanecer con nosotros aquí y ahora, hasta el final de los tiempos. Por tanto, nos dejó la promesa de estar con nosotros como Él está con el Padre en el cielo.

Es la misma promesa que hizo Jesús en la Última Cena:

“Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino». Tomás le dice: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?». Jesús le responde: «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí”. (Jn 14,3-6)

Todo esto expresa la promesa en la que se funda la esperanza cristiana y en la que nos hace caminar, tendiendo hacia esta realidad ya realizada en Cristo, en Dios, pero hacia la que caminamos a través de nuestra vida, de la vida de nuestras comunidades, de la historia de la Iglesia y del mundo.

“Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí”. (Jn 14,6)

Esta promesa de vida eterna, precisamente por el modo en que se nos hace, no elude el camino de la vida, no es un salto hacia arriba, no nos propone subirnos a un cohete que se desprende de la tierra y vuela por el espacio dejando el camino, el polvo del camino, en tierra, o dejando la nave a la deriva sin nosotros en medio del mar. Esta promesa es precisamente un ancla que se fija en la eternidad pero a la que permanecemos atados por una cuerda que viene a anclar la nave en medio del mar. Y es precisamente el hecho de que esté fijada en el Cielo lo que permite a la nave no permanecer inmóvil en medio del mar, sino avanzar a través de las olas. Si el ancla de Cristo nos anclara en el fondo del mar, nos quedaríamos quietos donde estamos, quizá tranquilos, sin problemas, pero parados, sin viajar, sin avanzar. En cambio, el anclaje mismo de la vida al Cielo hace que la promesa que suscita nuestra esperanza no detenga el camino, no nos dé la seguridad de un refugio en el que encerrarnos y detenernos, sino que nos dé la certeza de caminar, de proseguir el camino. La promesa de una meta cierta, ya alcanzada para nosotros por Cristo, hace firme y decisivo cada paso en el camino de la vida.

Pero, ¿cómo nos atamos a esta cuerda unida al ancla que es para nosotros Cristo crucificado y glorioso en el cielo? Es importante comprender a qué nos ata, cómo nos ata a la promesa ya cumplida en Cristo glorioso, pero que debe realizarse en nuestra vida.

Cuando Jesús nos dice: “Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14,6), se anuncia a sí mismo como el camino y el cumplimiento de nuestra esperanza. Al fin y al cabo, la gran promesa que Dios nos hace en Cristo es la de llegar al Padre, la de ser abrazados por el Padre. Es una esperanza de realización total de nuestra persona, porque quien es abrazado por Dios Padre se convierte totalmente en hijo como el Hijo unigénito, en el Hijo unigénito, y vive eternamente en la comunión del Padre y del Hijo en el amor del Espíritu Santo. Todo esto es la sustancia de la fe cristiana y también el cumplimiento de la caridad, pero esta sustancia de la fe puede cumplirse en la caridad si vivimos en la esperanza.

“Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí”.

Con estas palabras resumió Jesús la parábola del hijo pródigo o del padre misericordioso de Lucas 15,11-32. Esta frase del Evangelio de Juan es básicamente la exégesis de esa parábola, pero, al mismo tiempo, es como si la parábola de Lucas diera carne a estas palabras resumidas de Jesús en la Última Cena. Nuestra vida se nos da para que la devolvamos al Padre. Todos nacemos llevando en nosotros la herencia del pecado de Adán y Eva, todos nacemos llevando la herida de ser pecadores, una herencia de falta de gracia, una herencia de falta de comunión filial con Dios. La Virgen María no quedó marcada por esta herencia, no porque no fuera descendiente de Adán y Eva, sino porque Dios le concedió gratuitamente la gracia de la Redención desde la concepción.

A nosotros, esta gracia se nos concede ahora mediante el bautismo. El bautismo nos devuelve inmediatamente al abrazo del Padre en el Hijo, con quien el Espíritu Santo nos identifica en virtud de su muerte y resurrección. Pero es como si ese acontecimiento perfecto que se realiza en el sacramento del bautismo penetrara, como el óleo del crisma, en toda nuestra vida, en todo lo que somos y vivimos. Toda nuestra vida nos es dada para vivir el bautismo, de modo que la gracia del bautismo se convierte en toda nuestra vida, en todo el camino de la vida. Y esto significa que, después del bautismo, toda la vida se extiende entre la muerte y la resurrección de Jesús, es decir, entre el alejamiento de Dios de nuestra pecaminosidad y el abrazo del Padre que nos devuelve nuestra dignidad de hijos suyos.